

“DEL VEINO DE LA PIEL Y SU MEMORIA”

Cuando Luis Cernuda nos dice que, en lo mejor de la tradición de la poesía amorosa, los poetas, o cantan a la esperanza de lo que puede venir, o a la memoria de los desencuentros, descubre lo que nadie, en el momento más pleno, quisiera saber: que el amor, por más que se cultive en la experiencia más ardorosa, nunca puede ser eterno. Dolorosa certidumbre: voluntad de entender ese “minuto fraudulento” que encuentra su precario resguardo en la palabra. Así, Beatriz, Laura o Fuensanta son una o todas las mujeres, con su Dante, su Petrarca o su Ramón.

Por eso los amantes —siempre “fieles de amor”— se atreven a pasar por el “arco de los leales amadores”: saben que saldrán victoriosos, porque reconocen que en el canto, en la palabra irrepetible, se encuentra el código que puede cercar ese aquí y ahora—*hic et nunc*— que permite soportar el imperio del tiempo. Ardoroso espejismo, sospechosa verdad: armadura que desnuda los secretos del silencio: certeza de que todo amor, toda historia de amor es, fatalmente, otra vuelta del olvido en la memoria.

Enrique López Aguilar, poeta rigurosamente formado en la mejor tradición de la poesía en español, ofrece, con *Súbito exilio*, su versión de ese codiciado desastre que es el amor. Y digo desastre porque ¿quién puede ser el mismo después del amor?; y escribo el adjetivo

codiciado porque, a fin de cuentas, nadie puede pasar por el mundo sin dejarse abrasar por ese fuego generosamente destructivo: todos lo debemos de esperar como la única forma cierta de enriquecer nuestra visión de la vida y de las cosas.

Súbito exilio es, así, el canto de los momentos más plenos de la experiencia amorosa; pero, también, la dolorosa certidumbre de que todo bien acaba; de que, fatalmente, la memoria es el espejismo más atroz de lo vivido: el exilio: otra forma de la muerte. Este libro, si bien breve, está construido como un todo orgánicamente dispuesto. Ofrece un movimiento dramático en el que el autor y el lector crecen espiritualmente en un desenvolvimiento que va, del aquí y el ahora, al filoso recurso de la memoria que se solaza dolosamente en lo que dejó de ser. De ahí la elección formal para que haya consonancia entre continente y contenido.

López Aguilar divide su material en dos partes. La primera es la celebración del amor en el cuerpo de la amada. Mejor: en el encuentro —y deleitosa exploración— de los cuerpos de los amantes. Son diez sonetos a la clásica manera los que registran esta plenitud de la historia amorosa. La segunda parte, aun cuando conserva esquemas métricos fijos, es más libre en su disposición estrófica y prescinde de la rima. Son doce poemas que cuentan la circunstancia del exilio: el olvido y la memoria del olvido. Y entre uno y otro grupo, un poema en prosa —“Como hombre y mujer”— como para suavizar la transición.

Los sonetos son una suerte de geografía del cuerpo femenino: de este cuerpo femenino que ha sido capaz de permitir una historia del aquí y del ahora. En estos poemas, los labios y las manos son una especie de guías que esclarecen la exploración de un cuerpo felizmente amado: las zonas sagradas del amor: escribir el nombre y la piel con las únicas letras del mundo que tienen mejor significado: las que contienen a *esa* mujer. Además, una especie de actualización

de ciertos recursos utilizados por poetas barrocos —hipérbatos, retruécanos, paradojas—, enlazan a estos sonetos con su tradición para decirnos “de otro modo lo mismo”.

Después, inevitablemente, viene el recuento de los daños. Dice el poeta: “De tanta ausencia en ella estoy contigo/ aunque me falte lo que da tu cuerpo”. Certeza del olvido —el exilio mayor de la existencia—: construcción feroz de la memoria. En esta parte se encuentra uno de los poemas más hermosos del conjunto. Y no porque los otros no lo sean, sino porque en éste se concentran los mejores recursos del poeta en la certidumbre del desencuentro. El poema se titula “Bolero” y parece confirmar lo dicho por el autor de *Poemas para el cuerpo*. Dice la primera estrofa: “Con palabras inútiles te busco,/ pretendiendo invocarte en estos versos:/ si el mundo desordena lo que junta,/ ¿podrá reunir lo que la voz dispersa?” Recuerdo del olvido, sí; celebración de los propios fragmentos amorosos. ¿Quién está preparado para sobrellevar el exilio?

—0—